LA LITERATURA MEXICANA, DE SUS ORIGENES AL SIGLO XX

Margarita Peña
Facultad de Filosofía y Letras
U. N. A. M.

Hablar de la literatura mexicana hoy en día, en los albores de la década de los 80, es remitir al lector, al estudioso o al crítico a un corpus literario perfectamente estructurado sobre la base de géneros diversos que coexisten tocándose, a veces interrelacionándose estrechamente. Porque lo cierto es que el relato de tema indigenista (**El diosero,** de Francisco Rojas González) encuentra su correlativo en la novela indigenista (**El Indio,** de Gregorio López y Fuentes, o **Balún Canán,** de Rosario Castellanos), del mismo modo que la llamada «novela de la revolución», que narra en términos de amplios relatos, que casi configuran un ciclo épico, la gesta revolucionaria de 1910, se ve multiplicada en una narrativa cronológicamente más joven (**Los recuerdos del porvenir,** de Elena Garro; algunos pasajes de **La muerte de Artemio Cruz,** de Carlos Fuentes; algunos cuentos de **El llano en llamas,** de Juan Rulfo). Es evidente, por lo demás, que gran parte de la literatura contemporánea se halla teñida con los colores intensos, abigarrados, que el movimiento revolucionario imprimió a la realidad mexicana. Como es evidente, también, que en las últimas dos décadas el tema de la ciudad, por ejemplo, ha adquirido gran preponderancia y se refleja lo mismo en la novela (**La región más transparente,** de Carlos Fuentes; **Casi al paraíso,** de Luis Spota; **José Trigo,** de Fernando del Paso) que en la poesía de autores prominentes, como Efraín Huerta y Renato Leduc, herederos, en cierto modo, del decimonónico Guillermo Prieto en su **Musa callejera;** en la crónica (**La noche de Tlatelolco,** de Elena Poniatowska; **Días de guardar,** de Carlos Monsivais; **Postdata,** de Octavio Paz), o en el teatro (**El cuadrante de la soledad,** de Sergio Magaña; **Olímpica,** de Héctor Azar; **Los albañiles,** de Vicente Leñero).

Los temas y los autores proliferan. El tema de la condición humana está en Sergio Fernández y en Juan García Ponce, en José Revueltas y su amplia saga narrativa; el de la juventud irreverente, contestaria, se expresa a través de la llamada «literatura de la onda», que cultivan, entre otros, Gustavo Sáinz, José Agustín y Parménides García Saldaña. Las mujeres escritoras abandonan el cómodo recinto de la poesía, casi siempre lírica, y toman la prosa por asalto: Rosario Castellanos, Elena Poniatowska, Julieta Campos, Inés Arredondo, Elena Garro, Beatriz Espejo, María Luisa Puga. Y la poesía que escriben deja el tono confesional para volverse airada en autoras como Isabel Fraire, Enriqueta Ochoa y Margarita Paz Paredes, o reflexiva en las más jóvenes Coral Bracho, Carmen Boullosa, Verónica Volkow. El ensayo se arma en manos de Octavio Paz, Car-

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Margarita PEÑA. LA LITERATURA MEXICANA, DE SUS ORÍGENES
Centro Virtual Cervantes

los Monsivais, Gabriel Zaid, Margo Glantz, José Joaquín Blanco. La crítica se practica tanto en los recintos académicos como en las páginas de los suplementos culturales. Y la poesía, quizá el más socorrido y el más venerado de nuestros géneros, florece en pequeños cotos individuales: Octavio Paz, Marco Antonio Montes de Oca, Eduardo Lizalde, José Emilio Pacheco, Gerardo Deniz, Jaime Labastida, David Huerta y tantos y tantos más. Es evidente que una literatura que se ostenta como un todo orgánico, casi sin quiebras, sin fracturas, por lo que toca a este siglo XX, tiene tras de sí una tradición que se va haciendo en el curso de siglos. Al igual que la mayoría de las literaturas hispanoamericanas, la mexicana se inicia con pasos indecisos en la primera mitad del siglo XVI, para irse reafirmando, en cuanto a repertorio de obras y de géneros, y, lo que es más importante, ir definiendo una identidad propia, independiente de las influencias europeas: española, hasta mediados del siglo XVIII; francesa, inglesa y alemana, durante el XIX y principios del XX. Podría decirse que una literatura cuya identidad se cifra en el mestizaje de dos culturas, la asimilación de influencias diversas y la captación del devenir histórico a través de los acontecimientos sociales, es decir, una literatura propia e intrínsecamente mexicana, se va a dar hasta este siglo XX. Pero vayamos por partes, más bien por siglos, en un repaso que no pretende ser exhaustivo, sino más bien ilustrativo, panorámico.

Cuando los españoles llegan a tierra americana en 1521 encuentran una civilización altamente desarrollada. En el aspecto estrictamente literario, la cultura náhuatl, en el Altiplano, y la cultura maya, en Yucatán, Chiapas y Guatemala, al sur del país, habían logrado grandes creaciones, nutridas casi todas por la religión y el mito o por una filosofía existencial que se expresa en cantos y oraciones. Un poeta, Netzahualcóyotl, señor de Texcoco, marca la tónica de la poesía náhuatl precortesiana. Sus poemas son disquisición escéptica, melancólica, sobre la vida humana y sorprende encontrar en algunos de ellos coincidencias con los poetas europeos del siglo XV, concretamente en lo que respecta a temas universales, como el «carpe diem». La lamentación por la fugacidad de la vida es una constante en la obra del rey-poeta y también la podemos detectar en los cantos de otros autores del mundo náhuatl. Por lo que toca al mundo maya, la relación con los mitos y la cosmogonía se van a dar en obras de envergadura, como el **Popol-Vuh** y el **Chilam-Balam de Chumayel.** Una obra de teatro única en su género, **Rabinal-Achí,** o **Historia del varón de Rabinal,** va a informar a la posteridad sobre la existencia de un teatro épico, en el que se mezclan los ritos y los símbolos. Cabe señalar, por lo demás, que el legado literario indígena nos ha llegado a través de los códices y de la tradición oral. Fuerza es reconocer, asimismo, la importancia que en el conocimiento de estas literaturas —náhuatl y maya— ha tenido la labor rigurosa y apasionada de estudiosos como Angel María Garibay K. y Miguel León Portilla, en el ámbito náhuatl, y del Abate Brasseur y de los mayistas extranjeros en lo que toca a la literatura mayence.

Sin embargo, contra lo que podría suponerse, va a ser poco lo que de esta producción literaria perviva en lo que vendrá a ser el ámbito criollo y posteriormente el mundo mestizo de la Nueva España de los siglos coloniales. El hecho se explica por el empeño de los conquistadores, secundados por los frailes encargados de la evangelización en borrar toda huella de un pasado indígena que en los primeros años de la conquista fue temido por los elementos que podría aportar para la sedición. De hecho, el sincretismo religioso se dio de modo inevitable, y muy en contra de la voluntad de gobernantes, sacerdotes y encomenderos. Es sabido que debajo del culto a la Virgen de Guadalupe subyace la adoración de Tonatzin, antigua deidad del panteón azteca. Lo dijo

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Margarita PEÑA. LA LITERATURA MEXICANA, DE SUS ORÍGENES
Centro Virtual Cervantes

Payno y lo insinuó fray Servando Teresa de Mier. Y, sin embargo, repetimos, fue poco lo que el siglo XVI tomó de las antiguas literaturas. Si acaso se localizan rastros de los tocotines, o bailes indígenas, en algunas fiestas civiles y religiosas, sin mezclarse con lo hispánico, sin que pueda hablarse de un mestizaje propiamente dicho. Existe un teatro misionero, en la primera mitad del siglo XVI, cuyos propósitos didácticos explican que se representara en lengua náhualt. De hecho los frailes adaptaron autos anónimos que se representaban en la Península, adecuados a las circunstancias locales y a los propósitos de evangelización, dando lugar a un teatro que ahora nos parece conmovedor e ingenuo, con elementos indígenas, pero que no puede llamarse mestizo. Ejemplo de él es el **Auto del Juicio Final.** Obras como este **Auto...** solían ser representadas en los atrios de las magníficas iglesias construidas por las principales órdenes religiosas (franciscanos, dominicos), como preámbulo necesario de los bautizos colectivos de indígenas, los famosos y criticados bautizos «por aspersión». Su función no era tanto la de una obra dramática en sentido estricto, sino la de vehículo propicio para la transmisión del dogma cristiano.

El teatro propiamente dicho se va a dar en la obra de un español que llega a Nueva España hacia los veinticuatro años de edad (1534-1601?), se avecina en ella y ahí muere: Hernán González de Eslava. Escribe autos y coloquios a imitación del teatro alegórico peninsular, mezclando lo propiamente teológico con lo puramente circunstancial: celebración de la llegada a tierras novohispanas de nuevos virreyes, arzobispos, etc. La novedad reside en la introducción de localismos, nahuatlismos en el léxico de sus personajes, así como en la alternancia del tono serio con el jocoso. Por las obras de González de Eslava desfilan las alegorías típicas del teatro religioso español en convivio amable con pícaros y rufianes y con uno que otro indígena reducido a la categoría de «bárbaro» que habita en los «arrabales» de la noble ciudad de México, de la antigua Tenochtitlán. La poesía que se cultivaba en la Península atraviesa también el mar océano para depositarse entre los poetas criollos. Gutierre de Cetina, sevillano, llega a la Nueva España mediando el siglo XVI, llevando entre sus papeles poéticos composiciones de poetas amigos: Diego Hurtado de Mendoza y Baltasar de Alcázar, entre otros. Sin saberlo, ha introducido en las nuevas tierras la moda de la poesía italianizante al modo petrarquista, que hacía furor en España, y que en México van a cultivar Francisco de Terrazas, Hernán González de Eslava y Martín Cortés, segundo marqués del Valle de Oaxaca. Al finalizar el siglo Eugenio de Salazar, español que reside en Nueva España, redacta una epístola poética dirigida a Fernando de Herrera y en los primeros años del siglo XVII la poesía novohispana conocerá un momento de gran esplendor con la **Grandeza mexicana,** de Bernardo de Balbuena (1562-1627). Español que vive un largo tiempo en México y muere en Puerto Rico, escribe también **El siglo de oro en las selvas de Erífile** y **El Bernardo.** El género de los diálogos, tan popular en la Europa del Renacimiento, tiene su representante en Francisco Cervantes de Salazar (¿1514-1575?), que hacia 1554 redacta sus famosos **Diálogos** latinos. Es autor asimismo del **Túmulo imperial,** conjunto de poemas compuestos a la muerte de Carlos V. Y el siglo XVII albergará a dos autores cardinales: Carlos de Sigüenza y Góngora y Sor Juana Inés de la Cruz, a quienes enmarcan otros nombres: Matías de Bocanegra, Luis de Sandoval y Zapata y el indiano encabalgado entre dos mundos: Juan Ruiz de Alarcón.

Don Carlos de Sigüenza y Góngora, sacerdote jesuita, prefigura al humanista que se adelanta a su tiempo (1645-1700) y anuncia en obra y actitudes la muy próxima Ilustración. Científico, poeta y prosista, cuenta entre sus obras de erudición la **Libra astro-**

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Margarita PEÑA. LA LITERATURA MEXICANA, DE SUS ORÍGENES
Centro Virtual Cervantes

nómica y el **Belerofonte matemático;** entre las poéticas, el **Triunfo parténico,** y la futura novela apunta en sus **Infortunios de Alonso Ramírez.** Entabló polémicas con los intelectuales de su tiempo y tuvo amistad con Juana de Asbaje (1651-1695), mejor conocida como sor Juana Inés de la Cruz. En cuanto a ésta, cabe señalar que cultivó lo mismo la poesía que la prosa y el teatro. Escribió un auto sacramental de gran belleza: **El divino Narciso,** a imitación, sin duda, de los que por entonces escribía en la Metrópoli Pedro Calderón de la Barca, amén de **Los empeños de una casa,** y loas. En su producción poética se cuentan sonetos, redondillas, romances, villancicos y ovillejos, así como poemas de gran aliento, verdaderos polípticos poéticos, como el **Primero sueño.** En prosa figuran su **Neptuno alegórico** y la **Carta a sor Filotea de la Cruz,** uno de los documentos autobiográficos más impactantes de esta literatura, que ya en el siglo XVII nos ofrece la imagen de una mujer que cuestiona su contexto y su época.

Los vientos de la Ilustración soplarán un tanto tardíamente en tierras de la Nueva España. Durante los primeros años del XVIII se escribe aún al modo barroco: un barroco decadente, cada vez más desgastado. Las primeras muestras de las nuevas corrientes se darán al mediar el siglo en la obra del grupo de los jesuitas expulsos. Preocupados por la historia, la filosofía, la literatura, la patrística, la ciencia, constituyen la crema y nata de la intelectualidad novohispana. Francisco Javier Alegre (1729-1788) integra una academia en la que se estudian las bellas letras y las matemáticas, y es el compilador de la **Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España.** Lector asiduo de antiguos y modernos, va a pasar parte de su vida en el Real Colegio y Seminario de San Ildefonso de México y muere en Bolonia, adonde, junto con sus compañeros de orden, lo llevó el destierro. Forman parte de esta generación Francisco Javier Clavijero, Manuel Fabri y Diego José Abad, entre otros. En la obra de estos nuevos humanistas se halla la semilla de las ideas libertarias que culminarán con la independencia de México de la corona española en 1810, y es muy probablemente esta autonomía de pensamiento lo que determina a Carlos III a expulsarlos de las posesiones españolas en 1767. Autor de la **Rusticatio mexicana,** también conocida como **Por los campos de México,** el padre Rafael Landívar pertenece igualmente al grupo de jesuitas que sufrió la diáspora. Su obra escrita en latín refleja las impresiones de un viajero que, partiendo de Guatemala, recorre todo el territorio mexicano y se maravilla ante el espectáculo de la naturaleza. En su poesía se fusionan la contemplación objetiva con el entusiasmo por el tema. Poesía la suya descriptiva, con ecos de Virgilio.

Si México imita puntualmente las modas españolas durante estos siglos coloniales, no podían faltar en el XVIII las academias al estilo de las sociedades literarias peninsulares. Los poetas mexicanos forman así una «Arcadia» semejante a la Escuela Salmantina, cuyo mayoral va a ser fray Manuel Martínez de Navarrete. Entre los árcades se contaron Mariano Barazábal (el «pastor Anfriso»), Juan María Lacunza (el «inglés Launzac»), Juan Wenceslao Sánchez de la Barquera (Lic. Barquera), Francisco Manuel Sánchez de Tagle y José Manuel Sartorio. La Arcadia mexicana se dio a conocer en el **Diario de México,** publicación que representa, junto con algunas gacetas literarias, el esfuerzo de los intelectuales de la época por consolidar un periodismo titubeante. En 1808 aparece en el **Diario** un artículo en el que se informa al público lector del nacimiento de la Arcadia. Pero ya estamos en el siglo XIX y hay que mencionar a un autor encabalgado entre dos siglos: fray Servando Teresa de Mier. Nacido en 1763, dominico, doctor en Teología, va a adquirir celebridad y enemigos de un día para otro al pronunciar un sermón en el que pone en tela de juicio la aparición de la Virgen de Guadalupe a Juan Diego,

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Margarita PEÑA. LA LITERATURA MEXICANA, DE SUS ORÍGENES
Centro Virtual Cervantes

ocurrida, según decía la historia, siglos antes en el Tepeyac. La audacia de sus puntos de vista le va a ganar la prisión y, posteriormente, una existencia de fugas, encarcelamientos y peregrinaje por la Europa del siglo XIX. Pertenece al grupo de los americanos que, como Simón Bolívar y Andrés Bello, aprenden en Europa premisas independentistas que van a querer aplicar en América. A lo largo de sesenta y cuatro años de vida (muere en 1827), escribirá varias obras, que se ubican en el terreno de la crónica, tales como las **Memorias, Carta de un americano, Carta de despedida a los mexicanos** y **Manifiesto apologético.** Es, junto con el padre Las Casas, uno de los personajes más controvertidos en la historia de México.

José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827), quien frecuentemente utilizó el seudónimo de «El Pensador Mexicano», llena con su presencia el primer tercio del siglo XIX. Periodista, poeta satírico, novelista, escribe la primera gran novela mexicana: **El periquillo sarniento,** a la que seguirán, dentro de su producción, **Noches tristes y día alegre, La Quijotita y su prima** y **Don Catrín de la Fachenda.** En su obra se entremezclan el tono de desenfado y la erudición, el giro popular y la reflexión moralizante, el gracejo y la opinión sobre cuestiones políticas. Es, sin lugar a dudas, el gran prosista del XIX, el escritor comprometido con su tiempo a través de su obra.

Si la Ilustración aireó con vientos nuevos el ámbito sofocante de un barroco en decadencia, el Romanticismo, en el XIX, barre los regazos de un neoclasicismo preceptista y se aposenta en dos géneros: la poesía y el teatro. Entre los poetas se puede mencionar a José María de Heredia, cubano que vive y escribe en México; Ignacio Ramírez, Manuel Acuña, Justo Sierra, Manuel M. Flores, Manuel José Othón y Salvador Díaz Mirón. Sus modelos, como era de esperarse, son españoles, ingleses y franceses: Larra, Espronceda, Walter Scott, Byron, Lamartine, Chateubriand. El advenimiento del Romanticismo coincide con el comienzo de la vida independiente. El escritor romántico es, por lo general, un liberal que se mezcla en política y que a veces ocupa cargos públicos. Literatura y compromiso van de la mano. En cuanto al teatro, tres dramaturgos llevan a escena los preceptos románticos: Fernando Calderón **(Herman o la vuelta del cruzado),** Ignacio Rodríguez Galván **(La profecía de Guatimoc; Muñoz, visitador de México),** quien, como corresponde a un romántico que se respete, muere en plena juventud, y Manuel Eduardo de Gorostiza **(Contigo pan y cebolla).** Para esta época ya existen en México locales adaptados especialmente para teatros, como el Iturbide, el Nacional, el Hidalgo. Por lo que respecta a la novela romántica, ésta se sucede, a partir de Lizardi, en la obra de Luis G. Inclán **(Astucia** o **Los bandidos de la hoja),** Manuel Payno **(Los bandidos de Río Frío),** Manuel Altamirano **(Clemencia, Navidad en las montañas),** Vicente Riva Palacio **(Monja, casada, virgen y mártir).** Pedro Castera **(Carmen),** José T. Cuéllar **(Ensalada de pollos, Baile y cochino).** La novela romántica conjuga la exaltación del sentimiento con la descripción costumbrista, dándonos espléndidos cuadros que casi llegan al realismo (Payno, Cuéllar). Se escribe también, como en Europa, una novela histórica, de la que es buena muestra **Los mártires del Anáhuoc,** de Eligio Ancona; una novela de protesta: **Tomóchic,** de Heriberto Frías, y se accede a la novela naturalista al modo de Zola, en **Santa,** de Federico Gamboa.

El siglo XIX va a clausurarse con el advenimiento de una nueva escuela literaria: el modernismo. Partiendo de los postulados planteados por el nicaragüense Rubén Darío, el modernismo se va extender por la América hispana, invadiendo el ámbito de la prosa y de la poesía. En México lo cultivan Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, Ama-

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Margarita PEÑA. LA LITERATURA MEXICANA, DE SUS ORÍGENES
Centro Virtual Cervantes

do Nervo, José Juan Tablada, Efrén Rebolledo. Y la réplica a la moda modernista la va a dar, ya entrado el siglo XIX, Enrique González Martínez, quien metafóricamente le tuerce el cuello al cisne modernista, aristocrático y ornamental, para proponer en su lugar al búho, símbolo de la meditación y de la reflexión. El estridentismo, una presunta revolución poética que tiene lugar hacia 1920, encontrará su representante en Manuel Maples Arce. Ya hacia los años cuarenta florecerá una generación de poetas, conocidos como «Los Contemporáneos», cuyas premisas en la poesía y en el teatro van a tener una larga vigencia. Carlos Pellicer, Salvador Novo, Xavier Villaurrutia, José Gorostiza, Gilberto Owen, Jaime Torres Bodet y Jorge Cuesta van a llenar la primera mitad del siglo XX con una poesía de referencias existenciales, en la que la metáfora y la imagen alcanzan un alto grado de perfección y decantamiento. Novo y Villaurrutia inciden en el teatro y tanto Cuesta como Novo van a practicar el ensayo, el primero, y el ensayo y la crónica, el segundo. Apasionado de la ciudad de México, la antigua Tenochtitlán, Novo seguirá en el siglo XX los pasos de Francisco Cervantes de Salazar, de Luis González Obregón, de Artemio del Valle Arizpe, todos ellos cronistas, en su momento, de esta «muy noble y leal ciudad de México», alabada por viajeros ilustres, como el barón de Humboldt y la marquesa Calderón de la Barca.

Mariano Azuela (1873-1952) dará la pauta de la llamada «novela de la Revolución», que se escribe a partir de la lucha armada de 1910. **Los de abajo, La luciérnaga,** dan cuenta de la experiencia revolucionaria y de las tribulaciones de la clase media, respectivamente. Martín Luis Guzmán **(El águila y la serpiente, La sombra del caudillo)**, Francisco Urquizo **(Se llevaron el cañón para Bachimba)**, Miguel N. Lira **(La escondida)** y Nellie Campobello **(Cartucho, Las manos de mamá)** completan el ciclo revolucionario. Posteriormente Agustín Yáñez, fallecido recientemente, nos pondrá al tanto de las secuelas de la Revolución en un ciclo narrativo que se integra con **Al filo del agua, Las tierras pródigas** y **Ojerosa y pintada.** La novela mexicana dará, en lo que va del siglo, un producto único: **Pedro Páramo,** de Juan Rulfo, en el que la realidad y el lenguaje se confabulan con resultados que se acercan al realismo mágico. Juan José Arreola, narrador en plena madurez, expone una maestría y un oficio que, por lo demás, lo caracterizaron desde sus primeros escritos, en **Confabulario total, Palindroma** y **La feria.**

Al principio de este repaso nos hemos referido a otros aspectos de las letras mexicanas del presente siglo. Baste, pues, lo dicho para cerrar este somero recorrido por una literatura que en un momento fue colonial, más tarde tímidamente independiente y que, hoy en día, se configura como cabalmente autónoma y, por lo tanto, única.

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Margarita PEÑA. LA LITERATURA MEXICANA, DE SUS ORÍGENES
Centro Virtual Cervantes